

Palabras de bienvenida a los académicos de nuevo ingreso, pronunciadas por el Dr. Mario Salazar Mallén, académico titular, en la sesión solemne del día 25 de junio de 1969.

MUCHO ME honra haber sido designado por nuestra Presidencia para dirigir las palabras de bienvenida a los colegas que ahora reciben sus insignias académicas.

Desde que nuestra Academia abandonó el proceso de elección en asamblea en favor de la selección, sabemos que los sitios vacantes se ocupan idóneamente y en el caso presente me consta por haber formado parte del Comité de Admisión, que cada uno de nuestros futuros asociados tienen antecedentes que son prenda de una vida académica digna y fecunda.

Es tan honroso alcanzar el carácter de miembro de nuestra Academia Nacional de Medicina, que vive en la mente de no pocos de nuestros académicos la idea de que la obtención del preciado diploma es el arribo a la meta final, como una especie de consagración pública y definitiva de excelencia profesional, pero concebida así, nuestra Corporación resultaría tranquilo y agradable retiro, apenas interrumpido por ciertas formalidades reglamentarias. El papel de nuestras mesas directivas se concretaría en la vigilancia del orden académico y en velar por la continuidad y por el mantenimiento de nuestros archivos, mientras que a los académicos sólo nos restaría el papel de iluminar de vez en cuando, la calada penumbra de nuestras reuniones

mediante las más sabias y profundas disertaciones.

Y este solemne aislamiento de virtuosos, con periódico declamar desde la tribuna magistral ante oyentes apurados, indiferentes o fríos sería el transcurrir de nuestra vida académica, coronada alguna vez, por el cambio a la categoría de titulares inactivos, por reglamento ausentes de la Academia y unidos a ella tan solo al través de su posesión de los símbolos académicos, conservados tal vez celosamente, pero lejos, siempre, del calor del trabajo cotidiano, de la animación del espíritu y de la alegría de la novedad del conocimiento y del progreso individual y del grupo.

Pero si conscientemente o vencidos por el tiempo aceptáramos esta forma de subsistencia semivegetativa, no solamente faltaríamos a los propósitos que ofreciéramos cumplir en el momento de nuestro ingreso académico, sino que también desvirtuaríamos la razón de ser de nuestra asociación y daríamos, por ende, testimonio de imperdonable incomprensión de lo que ha constituido, desde su inicio, la esencia de lo académico y de lo que contemporáneamente debe ser el cimiento social de nuestro existir.

La primera y la más excelsa de las academias, la platónica, fue, en efecto, en los tiempos del filósofo ateniense,

un cenáculo, un sitio de aristocráticas reuniones, pero la élite que rodeaba al Maestro, pese a su origen social distinguido, perseguía mediante el ejercicio mental constante, mediante el diálogo, no tanto la insegura afirmación resultado de la especulación imaginativa, como lo leemos en el Teetetes y en el Timeo, sino el conocimiento del hombre y más en concreto, de sus posibilidades de actuación política en el Estado filosóficamente constituido.

Por eso conservan su vigencia como documentos formativos el Menon, la República y las Leyes, mientras que son diálogos cuyo valor es sobre todo literario, el Cratilo y el Fedón.

Después de siete siglos de oscuridad, el espíritu académico renació, esta vez como un fruto de la preocupación intelectual de hombres socialmente diferentes y con otras perspectivas que las de sus antepasados platónicos. Los animadores de las academias de los siglos XVI y XVII no pretendieron, como lo habían hecho los del jardín de Academia y los del Museo de Alejandría, sondear los problemas de la conducta humana, ensanchar las fronteras de la cultura, hacer de ésta el instrumento de la actividad política o acumular los conocimientos del pasado y ofrecer los productos del pensamiento filosófico para el servicio de los monarcas, pues sus actividades, animadas por la curiosidad y por el deseo de la verificación, buscaban metas más modestas, pero orientadas precisamente hacia el descubrimiento y a los beneficios del invento.

Muchas de estas sociedades científicas

se disolvieron, arrastadas por la corriente del fanatismo, o degeneraron, convirtiéndose en insulsos círculos de ejercicios intelectuales insustanciales (como los de proyectar las fuentes de los palacios de los magnates o estudiar las reglas de los juegos de azar) o fueron, al fin, desbordadas por la expansión de la triunfante tecnología, y es verosímil que sea su sombra la que todavía oscurece la imagen de las actuales Academias, que actualmente viven desinteresadas de los problemas de la cultura y de la sociedad y cuya justificación, puramente psicológica, está en la satisfacción de buscar la supervivencia del nombre al través de una supuestamente inmortal gloria académica.

El hecho es que, en la actualidad y en los países adelantados las sociedades filosóficas, empleando este término en su máxima acepción, ocupan lugares destacados en la vida y en el progreso de las sociedades.

En las naciones socialistas, por ejemplo, las Academias de Ciencias son parte integrante de los gobiernos, como indispensables cuerpos de consulta y para la planeación de la investigación científica. Mientras que en algunos países capitalistas y tomo como modelo a la Academia de Ciencias de Nueva York, estos cuerpos colegiados hacen suya la tarea de servir como tribuna a los expertos científicos, persiguiendo el objeto de divulgar hasta el máximo de las posibilidades los adelantos científicos.

¿Qué decir de nuestra Academia de Medicina? Somos, es cierto, por ley, consultores de nuestro gobierno, desde

hace unos 50 años. Pero esta tan elevada misión ha sido en general soslayada, en parte porque todavía no caben dentro de nuestro sistema de máxima autoridad personal opiniones independientes como serían las nuestras y también, hay que reconocerlo, debido a que las oportunidades de acrecentar nuestro prestigio e imponer nuestra influencia en el mundo oficial, se han frustrado a veces en aras de intereses ajenos a nuestros deberes académicos o, simplemente, porque sin medir nuestra responsabilidad hemos, en una que otra ocasión, procedido con lamentable y visible falta de reflexión en la redacción de nuestros dictámenes.

Y en lo que toca a nuestra labor académica específica, y sin desconocer los titánicos esfuerzos y los éxitos logrados por nuestros últimos directivos mediante las misiones académicas y las jornadas científicas que se han celebrado, ¿no contemplamos con preocupación la tan reducida participación de la mayoría de nuestros colegas en nuestras reuniones reglamentarias? ¿Ha de cerrarnos los ojos la piedad o el orgullo ante las medidas que se dictaron para buscar las tan necesarias y deseadas asistencias? ¿Diremos que no hemos visto o que no conocemos ejemplos de venerables académicos, que sin esperar a que termine la lectura de los trabajos científicos, escapan a favor de la penumbra? ¿Disfrutamos, en fin, de las enseñanzas que dan las polémicas y de las luces que resultan del inteligente dialogar académico?

Existe, explicando en parte cuando menos la situación que vivimos, una

crisis de épocas que es mundial y que en nuestro reducido ambiente se refleja en el crepúsculo del dogmatismo, del "magister dixit", frente a la nueva corriente científica, mucho más exigente de información y de prueba, en comparación con el poder de persuasión de nuestros otrora justamente famosos retóricos de la Medicina, y me parece que es el momento de afrontar esta nueva situación, buscando el renacimiento del diálogo científico, del confrontamiento de las opiniones y del empleo, en fin, de nuestras sesiones como un necesario ejercicio del pensamiento y como una oportunidad no solamente de enseñar, sino también de aprender.

Y me parece que en lo que acabo de expresar está la semilla del despertar que dará en el futuro agilidad y atractivo a nuestras actividades académicas.

Como cada uno de nosotros es, por definición, un experto y muchas veces y por necesidad un especialista, es tan natural como conveniente que cuando hagamos uso de la palabra en este recinto reflejemos la profundidad de nuestros conocimientos, pero precisamente por nuestra calidad de hombres de estudio y de científicos honestos, debemos recordar que aun dentro de nuestro propio terreno sufrimos las limitaciones que nos son impuestas por las fronteras temporales del conocimiento, por la imposibilidad de estar al tanto de toda la información o, todavía, en virtud de nuestros particulares defectos: tendencia al dogmatismo y al exhibicionismo, mala memoria, o aun embotamiento intelectual.

Que nuestro orgullo de académicos

no nos conduzca a la soberbia, porque ésta tiene como castigo la ceguera intelectual y como expiación la ignorancia.

Vengamos, pues, a la Academia, a enseñar entusiastamente el fruto de nuestras lecturas, de nuestras experiencias y de nuestras investigaciones, con la mente abierta, y aun cuando se trate de nuestras más caras convicciones, mantengámonos listos para escuchar, para preguntar y si es necesario, para rectificar, y acudamos con el mismo entusiasmo a nuestras juntas con el propósito de oír y de aprender. No digamos, sin haber oído, "no me interesa"; ni mucho menos, adoptemos el vicioso hábito de evadir el trato académico con nuestros iguales, recurriendo a la crítica en voz baja o lejos de nuestra sociedad.

Decía Aristóteles que el saber puede conducir al conocimiento y al discernimiento. Pues bien, vosotros, nuevos académicos, que habéis llegado a este recinto por la excelencia de vuestros conocimientos debéis desde ahora comenzar a adquirir o acrecentar la más difícil y la más excelente de todas las

cualidades intelectuales, la que no se tiene aun si se es un gran especialista y que aquí se os brindará como "el privilegio de entender cualquier discurso científico y saber si el que lo pronuncia es dueño o no de la verdad" y cuya posesión os hará pertenecer a la élite de nuestra sapiencia médica y llegar a ser íntegros y verdaderos académicos.

La Academia tiene nueva savia y la vuestra fortalecerá, de ello estoy seguro, nuestras filas. Repito mis palabras de bienvenida, ahora sabéis lo que esperamos de vosotros y el significado de esta iniciación como el principio de nuevas y de mayores obligaciones: con nosotros que nos hicimos fiadores de vuestro ingreso, con nuestra Academia, que tanto espera de vuestro esfuerzo, con la Medicina Mexicana, cuya antorcha quedará en vuestras manos y con nuestra Patria, que tanto necesita en estos tiempos de violencia y de confusión, de las luces de vuestros elevados conocimientos y de vuestro recto discernimiento académico.